podia perder hasta la conciencia. Tras las noches de orgía, la realidad era más triste y el corazon más desgraciado. Necesitaba una redencion que sólo era posible por el amor, y por el amor puro. Una mujer amada podia serenar la tempestad con su sonrisa; podia purificar la vida cenagosa con su ejemplo. Nada hay tan casto como el amor verdadero. Nada tan saludable al cuerpo y al espíritu como la castidad. Amar verdaderamente, fijarse en una mujer pura, buscar su mirada como una estrella, tener su corazon como un refugio, unir dos vidas en el amor y reflejar el cielo en su tranquilo seno; esta redencion era la única posible al poeta caido en el cieno. Las luchas del Parlamento, las glorias de la poesía, el entusiasmo de una sociedad entera, los viajes por el mundo, el espectáculo de la naturaleza, los recuerdos de la historia en el sitio mismo donde han pasado sus grandiosas escenas; Grecia con sus ruinas, Inglaterra con su libertad, España con su romanticismo, Suiza con sus montañas, Italia con sus artes y el Oriente con sus amores, no habian podido llenar aquél corazon, en el cual caia el placer como un corrosivo, y estallaba la poesía como un dolor infinito. Su alma sólo podia producir el sarcasmo del *D. Juan*.

La Condesa Guiccoli, el amor puro del poeta, apareció en este momento. ¿Cómo nació esta pasion? Yo no conozco de este amor una definicion tan precisa ni tan profunda como la que el poeta psicólogo por excelencia, Shakespeare, dá del amor entre Otello y Desdémona. "Me amó, dice Otello, porque luché y padecí; la amé, porque me compadeció." Teresa, que así se llamaba la hermosísima Condesa Guiccoli, vió en la frente de Byron su dolor, y

se propuso redimir al poeta, sacarlo del abismo, encender la inspiracion en su alma, el amor en su corazon, fortalecerle para la virtud, coronarlo con una muerte gloriosa. Byron tenía el disgusto de la vida, y Teresa apénas habia conocido la vida. Educada en sombrío convento, las notas del órgano, las nubes de incienso, los cirios encendidos al pié de la Vírgen, los coros de las esposas de Cristo, habian llenado su alma de la poesía de los cláustros, del amor místico y sin nombre, que al tocar el mundo, debia convertirse en amor violento por el encuentro de un sujeto real donde fijarse.

Sus padres la habian hecho desgraciada. Sin consultar ni su voluntad ni su corazon, la sacaron del cláustro para casarla con un viejo riquísimo, el Conde Guiccoli. A la exaltacion mística de sus primeros años, reunía Teresa la nolstalgia del amor verdadero en la aridez de un matrimonio de conveniencia. Esta triste situacion la obligaba á refugiarse en la lectura, en la poesía de la época. Era el año 1812. Madame de Stael y Mr. de Chateaubriand comenzaban á popularizar en sus obras esos amores enfermos, esas pasiones desgraciadas, esas tristezas de un siglo, que no se atrevía ni á dejar las viejas ideas, ni á seguir las nuevas; supremas dudas vertiendo sobre el corazon su corrosivo veneno.

Teresa leía y releía todas estas obras; se exaltaba, padecía, soñaba con una sombra; y escribía versos consagrados á esos fantasmas sin forma, á esas ideas sin realidad y sin objeto, que atravesaban su cerebro, rodeado por la aurora boreal de las inspiraciones románticas. Su héroe, el héroe de sus ensueños, el héroe nacido en el convento, agrandado

en la realidad de un frio y triste matrimonio, el héroe ideal, soñado cada dia con más delirio, merced á una lectura sin tregua, ese héroe extraordinario no existía, ó si existia, era Byron, el único capaz de incendiar la realidad con el fuego de la poesía.

Teresa y Byron se hallaban en Venecia y no se conocían. Teresa, enferma del alma, y Byron, del alma y del cuerpo; la una de diez y ocho años, al borde de la vida, y el otro gastado por los placeres, aunque jóven por la edad, al borde de la tumba. En 1818 Byron la vió, pero no la adivinó. Pasó, acompañada de su marido, con quien acababa de casarse, como una de esas infinitas mujeres que encantan un momento los ojos y nada dicen al corazon. Durante la primavera de 1819 se encontraron una noche en casa de la Condesa Albrizzi, á quien llamaba Lord Byron la Stael italiana. Uno y otro fueron aquella noche á la reunion con disgusto. Teresa estaba cansada de fiestas y Byron cansado de mujeres. Fué necesario que el Conde Guiccoli se enojase, para que Teresa fuera al baile, y que la Condesa Albrizzi empujara casi materialmente á Byron, para que se presentase á Teresa. Se vieron y se amaron. Una mútua mirada bastó para que aquellas dos almas se comprendieran y se juntaran ya indisolublemente. Ni ella ni él supieron jamás quién dijo la primer palabra ni quién hizo la primera declaracion. Eran las dos mitades de un alma. Byron, á través de sus desórdenes, habia buscado á Teresa; y Teresa, á través de sus ensueños, habia buscado á Byron. Se encontraron, por fin, como dos náufragos arrastrados por una misma ola. Se encontraron sin esperanza de legitimar su

pasion; casada ella con un viejo avaro y él con una protestante intolerantísima, que habian sido sus mútuas desgracias, dos muros frios como el bronce entre dos corazones de fuego. Saltaron sobre todo y fueron el uno para el otro.

Nada hay tan triste como vivir al lado de una mujer siempre melancólica, desesperada siempre. Varios biógrafos dicen que el Conde favoreció el principio de los amores de Byron con su mujer. No gusto de ennegrecer la naturaleza humana cuando encuentro algunos motivos racionales que me expliquen acciones á primera vista inexplicables. El Conde pudo notar que la melancolía de su mujer se disipaba con la presencia del poeta. Y pudo tambien atribuir esta preferencia al mútuo amor que ambos tenian por las letras. Encantado de ver disiparse una tristeza que ennegrecía su vida, fué al principio cómplice inocente de su propia desgracia.

Pero bien pronto advirtió aquel amor, y trató de cortarlo con la ausencia, vulgar remedio á los amores fugaces, incentivo poderoso de los amores profundos. El Conde abandonó á Venecia y se fué á Ravénna seguido de su mujer, cuyo pensamiento se quedaba encerrado en el corazon de Byron. Teresa se moría. Su alma no era bastante fuerte para sobrellevar la ausencia. Byron corrió á Ravénna llamado por una moribunda. El 8 de Junio de 1819 se encontraba al pié de un lecho donde moría una enferma de amor. Al verlo entrar, se reanimó Teresa como la humilde violeta al beso de Abril. Los médicos todos habian convenido en que aquella enfermedad de languidez y de tristeza no tenia cura. Bastó, sin embargo, para volver el carmin á las meji-

llas ya frias, la luz á los ojos ya extintos, la presencia de Byron. Aquel mismo dia Teresa pudo salir del jardin, y apoyada en el brazo del poeta, hablar bajo los vibrantes pinos de desmayada copa, entre los mirtos y las adelfas, de sus recuerdos y de sus esperanzas.

La salud de Teresa no renació sino á costa de la honra del Conde. Por muy tolerantes que fueran las costumbres italianas de aquella época, es siempre ridículo un marido acompañando á su mujer apoyada en el brazo de su amante. Guiccoli cogió un puñal y fué á herir á Byron, que leia la *Corina* con su amada bajo los pinos de Italia. Pero la propia cobardía y la serenidad del rival le desarmaron. Este, á su vez, difícilmente se resignaba á su papel en la sociedad, que muy tolerante con tales faltas á la sazon, no dejaba de perseguirlas con malignas miradas y susurrantes cuchicheos.

Byron hablaba de robar á su amada, y Teresa de apelar al expediente de Julietta, vestir su traje de muerta, tomar un narcótico, encerrarse en el panteon de su familia, y aguardar á que su amante fuera á convertir con una mirada ó con un beso, enviados á través de las rejas, el panteon fúnebre en paraiso. Por mucho que fuera el romanticismo de Byron, quería mostrar su amor en plena sociedad, al resplandor del sol, en el seno del mundo y en el seno de la naturaleza, como un timbre del alma, como una virtud de su vida, hasta entónces entregada á múltiples amores, y desde entónces fija en una pasion, que se alimentaba principalmente de castas inspiraciones y que residía en la region del alma.

Enternece leer la página escrita por Byron en unas hojas

de la *Corina* que Teresa habia dejado olvidada en su jardin de Bolonia. Aquel amor sencillo del corazon parece junto al amor hiperbélico del libro, como un lirio del campo junto á un lirio de trapo. "Amor mio, le dice, cuán dulce es en vuestra lengua italiana esta palabra. Sobre un libro que os pertenece, yo no puedo escribir sino mi pasion. En esta palabra "amor mio" está encerrada toda mi existencia. Conozco ahora que vivo y temo lo porvenir. Vos decidireis de mi suerte. Mi destino reposa en vos, que ahora teneis diez y ocho años, y que hace dos años salísteis del convento. Pluguiera al cielo que os hubiérais quedado allí, ó que yo no os hubiera encontrado casada. Para todo es ya tarde. Os amo y me amais. Al ménos procedeis como si me amárais. Esto es un consuelo á cuanto puede sobrevenir. Sin embargo, yo soy quien más ama de los dos; yo quien no puede nunca dejar de amar. Pensad en mí alguna vez, cuando nos separen el mar y los Alpes. Mas no puede suceder esto, á ménos que vos no lo mandeis."

Y despues de haber escrito esta carta, como si comprendiera que el sér se define por su comparacion con la nada, y el amor se confunde por su tristeza con la muerte, se iba á visitar el cementerio, para aprender el sueño de los muertos en el silencio y el dolor de los vivos en las inscripciones de las tumbas.

Por fin, el Conde se retiró, aunque accidentalmente, de aquel hogar y quedaron solos ambos amantes. De Bolonia partieron para Venecia. De Venecia para el campo, para esas casas bellísimas, lejanas, desde donde se descubren los Alpes y el Adriático, y entre el Adriático y los Alpes,

Venecia, como una inmensa flota de cristal y de corales. Allí Teresa inspiraba á su amante, siendo á un mismo tiempo la musa del amor y la musa de la Italia. Allí le mostraba con elocuencia la sombra de lo pasado, las esperanzas de lo porvenir y las tristezas de lo presente. Allí le inspiraba con sus sonrisas y con sus lágrimas ideas proféticas de la restauracion de Italia, realizada en nuestros dias, á nuestra vista, como un milagro de la fé de este siglo. Allí le purificaba de sus pasiones de un dia, por la pasion única del amor verdadero; y le apartaba de las orgías, enseñando á su actividad, siempre inquieta, otro espacio en el culto de la cáusa de la humanidad y en el combate por la independencia de los pueblos.

Tanta felicidad no podía continuar, dada la delicadísima y difícil situacion en que se encontraba el marido, el Con de Guiccoli. Convengo con todos los historiadores del tiempo en que Italia era indulgente, muy indulgente á la sazon para el adulterio. En lo que no convengo con esos escritorer absolutamente es en que los italianos aprendieran tal indulgencia de los españoles. *El Médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, enseñan á los siglos el horror que á los corazones españoles inspiraba el adulterio. Donde ha nacido el Tetrarca de Jerusalen, no hay espacio para el Sigisceo de Italia. Pero por mucho que la indulgencia italiana fuera, todo el mundo debia en este asunto dar la razon al marido. El Conde Guiccoli, cegado por su mayor vicio, la avaricia, puso la opinion pública en su contra. Primero, el viaje de Teresa y Byron á Venecia fué con su asentimiento. Despues, quiso constituirse en depositario de las

rentas del poeta, para ganar en oro lo perdido en honra. Por fin, vino el pleito de divorcio. Tras el pleito perdido por el Conde, un breve pontificio que pronunciaba la separacion. Teresa abandonó gustosa sus palacios, sus trenes, la sociedad, las riquezas por el amor del poeta.

En esto cayó sobre la familia de Teresa el destierro. Su padre era el Conde Gamba, y pertenecía á esas fuertes provincias romanas que son las provincias aragonesas de Italia. El amor á la libertad y á la pátria, que se anidaba en esta familia, recibió el premio que reciben siempre esos amores; el destierro. La familia Gamba, á la cual había Teresa vuelto, despues de su viudez legal, se refugió en la dulce Toscana, en la solitaria Pisa, en esa ciudad-convento, en esa ciudad-cementerio, tan propia de las grandes tristezas. Allí fué tambien lord Byron.

El principal mérito de Teresa estuvo en no tener por el poeta una pasion egoista. Amó su gloria más que su persona, y más que su gloria, su virtud. Lo purificó, lo elevó, lo sacó del cieno, le puso la aureola de la pureza en la frente. Y despues, en vez de reivindicar ese gran corazon todo para sí, lo entregó á la humanidad. Vió que Byron no pertenecía sólo á la raza de los hombres de ideas, sino tambien á la raza de los hombres de accion. Era un héroe de Grecia por la figura escultórica, un poeta del Norte por el pensamiento profundo; en una mano llevaba la lira y en otra mano la espada. En vez de arrancarle á la idea y á la accion para reducirlo á los placeres de un amor satisfecho, señaló al Aquiles el campo de batalla, y le dijo que sería más digno de su corazon cuanto más luchara por los pueblos.

Prefirió unir las dos almas en los altares del sacrificio á todos los placeres fáciles, á todas las satisfacciones del amor propio y del orgullo. Teresa despertó en su pecho el amor á la virtud y el amor á las glorias que tantas veces habia Byron despreciado y maldecido. Teresa le enseñó á amar á Italia y á los combatientes por Grecia, esas naciones cuyos antiguos génios entrarán eternamente en la genealogía de todos los génios del mundo. Ella, por fin, le enseñó á morir. Y enseñándole á morir por todos, en vez de vivir para sí sólo, aseguró á su nombre la más gloriosa de las transformaciones, el martirio; y á su inmortalidad, el más bello de todo los templos, el corazon de los pueblos. Sería inmortal Teresa, como Eloisa, como Isabel de Segura, como Safo, si hubiera guardado bajo los pinos de Italia, por las orillas del Arno, eternamente, la viudez gloriosísima del amor de Byron. El año veinte parecía una musa. Y en el año sesenta y ocho es una marquesa rica y vieja que ha lanzado sobre la tumba del poeta un libro indigesto.

Llegamos al final de los dias de Byron. Aquí acaba la vida y comienza la muerte. Aquí el barro helado de los desengaños se cae fundido al fuego de la fé, y las alas del alma se abren ámpliamente en toda su extension. Aquí empieza la vida á ser poema, el poeta á ser héroe, el sepulcro á ser altar, y á ser inmortalidad la muerte. Aquí se despide para siempre de la mujer amada y va á desposarse castamente con la libertad, la eterna esposa de las grandes almas, la fecunda madre de los héroes. Aquí todas las nubes se disipan, todos los vicios se evaporan, todas las dudas se embotan, todas las pasiones se acaban, y el calavera de Lóndres, y el libertino de Venecia, y el poeta de la desesperacion, se convierte en uno de los mártires de la humanidad, redimiendo con el holocáusto de su muerte los errores y las faltas de su vida. Muchos sabrán vivir mejor que ese hombre, pero pocos morir como él, en una peregrinacion por la libertad, en una lucha por la independencia de la Grecia, á los piés de esa nacion-ideal, de esa nacion-arte, que fué la verdadera pátria de su alma, y que lo contará eternamente al lado de Homero, de Esquilo, de Píndaro, de Milciades y de Arístides, de esos hombres que son los astros de los horizontes del tiempo: lo contará, sí, entre sus poetas y sus héroes.

Las hojas de la vida de Byron se iban cayendo tristemente. Su hija Alegra, ángel nacido entre las tempestades, acababa de morir á los cinco años de edad. El poeta manda que la entierren allá, en la colina de Harrow, sobre la cual habia grabado sus primeros versos y habia recibido los besos primeros del áura de los campos. Shelley, poeta metafísico, desterrado como él de Inglaterra, y como él errante por el mundo, acababa de espirar ahogado en tremenda borrasca, no tan tempestuosa como sus ideas. Byron habia recogido su cuerpo, y lo habia quemado en una grande hoguera, sobre la árida arena, á orillas del mar, arrojando en aquel holocáusto cargas de incienso que subian al cielo en nube de humo semejante á una montaña de oraciones y de pensamientos, que llevaba en sus entrañas el espíritu de un poeta, el cual creyera siempre el cielo vacío, y renegaba siempre de aquella morada hácia la que se tornaba su vida.

¿Qué le restaba á Byron? Morir tambien, pero morir

por una idea, por la fé de su siglo. En medio del silencio que la Santa Alianza ha impuesto á Europa, se oye la voz de un pueblo que pide su libertad. Este pueblo heróico era el pueblo español, aquel mismo que diez años ántes habia enseñado á todas las naciones cómo se pelea por la independencia. La voz de España habia penetrado en dos sepulcros; en el sepulcro de Italia y en el sepulcro de Grecia. Las tres penínsulas mediterráneas, la península de los génios, la península de los guerreros y la península de los navegantes, se levantaban, al soplo de la libertad, como para renovar aquellos dias paradisiacos de la historia, en que las ciudades más ilustres vivian como un coro de sacerdotisas y de musas en sus costas, é iluminaban la conciencia con sus ideas, y henchian los aires con sus cánticos. Pero todas estas esperanzas fueron como sueños fugaces. Sobre España iba á caer la intervencion francesa, y sobre Italia la intervencion austriaca. Sólo quedaba de pié el pueblo griego, el pueblo de las Termópilas y de Platea, el que ha enseñado á leer á la humanidad, el que ha puesto la cuerda del arte en todos los corazones, el que ha cincelado la forma humana en su hermosura severa, el que ha revelado la conciencia con Sócrates, el que guarda todavía en las cenizas de sus ruinas el calor de la inspiracion para el poeta.

Byron, que recorrió Grecia buscando los laureles de Apolo á las orillas de los torrentes, el coro de las sacerdotisas de Dodona, el canto del Cefiso en las llanuras consagradas por las huellas de Demóstenes y de Platon, la Acrópolis ruinosa donde se habian convertido en sombras las estátuas de Fidias, las cimas de Hibla y del Himeto coronadas eternamente por los dioses; Byron no sólo encontró en aquella tierra los recuerdos que, como enjambres de luminosas abejas, se levantan de sus diseminadas ruinas, sino tambien fuertes razas, en cuyos semblantes brillaban los reflejos de la antigua inspiracion y cuyos nervudos brazos podian esgrimir las armas de Epaminondas y de Temístocles; razas dispuestas á sacrificarse heróicamente sobre los sepulcros de sus padres, ántes que consentir por más tiempo la deshonra de tanta gloria en los infames hierros forjados por Turquía para su pátria, pátria tambien del heroismo; para su madre, madre tambien del génio.

Miradlo: rico, se aparta de sus riquezas; amado, se aparta de su amante; poeta, se aparta de su lira; jóven, se aparta de sus pasiones; coronado por el génio, se aparta de su gloria; y va á pelear y va á morir por una de las cáusas más justas de la humanidad, por la cáusa de Grecia. Allá en Italia, á las orillas del mar Tirreno, bajo las sombras de los pinos, respirando el aire cargado de azahar, viendo las obras maravillosas del arte, en las cuales aprendia la perfeccion de su estilo, amado por una mujer que unia el talento á la belleza, pudo dejar correr sus dias tranquila y serenamente, cantando como un ave junto á su nuevo nido, en aquel jardin de delicias.

Pero nó: prefirió la lucha, la tempestad del mar, la inclemencia de los elementos, el campo de batalla, los vapores de la sangre, los miasmas de la peste, la muerte por sus hermanos, el sacrificio por la humanidad. Creed en sus dudas, vosotros, comerciantes ingleses, que lo habeis maldecido, atiborrados de *beefsteak*, ébrios de cerveza, regoldando, como

diria Sancho, los vapores de vuestra digestion sobre la aureola del génio. Maldecid su vida, vosotros á quienes una moral egoista es tan fácil porque no teneis pasiones; y una árida fé protestante es tan natural porque no teneis pensamiento. Arrojadlo por indigno de Inglaterra; y él se levantará con su lira y su espada, recorrerá las riberas divinas donde nacieron las artes, convertirá los dioses en sus conciudadanos, irá á morir á Grecia, y tendrá por pátria toda la humanidad.

Nosotros apreciaremos sus obras en un capítulo final, cima de este pobre trabajo consagrado á uno de los génios que más consuelos nos han procurado en nuestros dolores presentes con la lectura de sus obras. Era el mes de Abril y la mañana siguiente al dia de Pascuas. La naturaleza resucitaba con sus mariposas, con sus largos dias, con su tibio calor, tan delicioso en la primavera de los climas meridionales. La Iglesia cantaba la resurreccion de Cristo. Byron presentía la resurreccion de Grecia. Sin embargo, la lucha, la incertidumbre, los choques contra la impura realidad en que se destrozaba su alma, el dolor, la peste mortífera, consecuencia de la guerra, lo gastaron y le hicieron doblegarse y caer sobre la bandera de la libertad, en la cual se envolvió para morir como Caton y como Bruto en la sombra de la República. Apénas tenia treinta y seis años. Se doblaba á la muerte como un árbol cargado de frutos y de flores. Era una hermosa mañana, y el sol deslizaba sus primeros rayos entre las últimas gotas del rocío, y las aves entonaban sus coros, como si la naturaleza consagrase un himno á la victoria del poeta. En su delirio, creia asaltar los muros de Lepanto, y en realidad asaltaba los muros de la eternidad. Decia ¡adios! ¡adios! como perdiéndose en otras riberas. Y su última palabra, fué "adelante," como si consolara á sus soldados llorosos y á sus amigos desolados, asegurándoles la continuacion de su vida en otros horizontes.